

ESTE PERIODICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION:

EN LA HABANA,

4 pesetas sencillas

AL MES,

y en el interior

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

El número suelto

VÉNDESE EN LA IMPRENTA

Á DOS RS. FUERTES.



LA REDACCION

ESTÁ SITUADA

CALLE del OBISPO

número 22,

LIBRERÍA É IMPRENTA

"EL IRIS,"

Á DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

los avisos

Y RECLAMACIONES.

La Administracion

ESTÁ EN EL MISMO

ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

Periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas,

DIRIGIDO POR

D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

UN ASALTO.

De cómo Maese Nicodemus Chirinela refiere á Cigarron sus cuitas y lo que le pasó en cierta casa tomada por asalto.



A no me queda la menor duda, hermano Cigarron: la madre Celestina trata de seducirme.

Al verse desairada por D. Junípero y D. García, la maldita vieja se ha enamorado de mí, hasta el extremo de pasar horas enteras con-

templándome con sus ojos de pato.

Me llama su *cielito*, su *bien me sabe*, su *mata hambre* y..... su *mulaton*, y lo peor no es eso, sino que cada vez que puede pillarme, me agarra la cabeza y se entretiene en matarme caspitas.

Bien sé yo, amigo mio, que desde que los hombres se van haciendo cada día mas de pencas para pasar por debajo de las horcas caudinas del matrimonio, las señoras mugeres han dado en la gracia de tomar la oracion por activa, haciéndonos la corte y llenándonos de piropos; pero la tal D^a Celestina ofrece el triste ejemplo de lo que puede una muger que, de seguro, tiene el diablo en el cuerpo.

Afortunadamente yo poseo un corazón blindado. El constante ejercicio de la *majatoria*, ó sea del almirez, ha hipertrofiado ese órgano esencial, centro común de las pasiones humanas. Si me hubiera dedicado á las píldoras..... sucumbiría yo ahora á los halagos de esa diabólica desertora del Campo santo.

Ya sabes que todos nosotros, míseros forasteros en este país del azúcar y del tabaco, nos hemos puesto hasta bizcos buscando la *bucólica*; pues bien, desde que la D^a Celestina suspira por mí, nada me falta. La feróstica bruja me convida todos los días á su opipara mesa y me brinda bocaditos sabrosos con sus manos de araña peluda.

Sin saber como, tengo siempre dinero en el bolsillo.

No obstante, no soy feliz; temo perder mi inocencia, se ofende mi delicadeza, me remuerde la conciencia.

Días pasados fui á consultar á un venerable anciano, contándole lo que me sucedía.—Padre mio, le dije, una señora me da de comer, de vestir, dinero cuanto quiero, vivo en su casa; todo el mundo cree que soy su marido..... ¿Qué le parece á V.?

El anciano, sorbiendo un polvo, me contestó:

—Y ¿dónde hay de eso, hijo mio?

D^a Celestina me ha presentado ya en varias casas de las mas copetudas del país.

Un día me dijo: estamos convidados á un asalto.

—¿A un asalto? exclamé yo.

—Sí; ¿porqué tiemblas, imbécil?

—Es que... un asalto... y ¿á quien vamos á asaltar, señora mia?

—A la nobilísima familia de Tram-palarga.

—Y si nos pillan, madrecita, ¿no iremos irremediamente á la cárcel?

—Calla y oye. Hasta hace poco, se entendía por *asalto* una maniobra estratégica de que hacen uso los militares cuando intentan apoderarse de un castillo ó de cualquier punto fortificado. Llámase tambien *asalto* el que dan los bandoleros en los caminos reales á los pobres viajeros, ó los petardistas en las calles de la ciudad á sus *amigos de confianza*. Hoy día, le *beau monde* ha adoptado la palabra *asalto* para fingir la sorpresa que naturalmente ha de experimentar una familia, al ver que se cuelan en su morada un centenar de personas alegres, de buen humor y de mejor apetito, que se proponen charlar, murmurar, cantar, tocar el piano, *sorbetear*, bailar, engullir sendas tajadas de jamon *glacé* y de pavo *truffé*.

á la *Magenta*, *paté* á lo *Solferino*, y hacer pasar todo esos vinos esquisitos de una porcion de *Chateaux*.

—Ese es otro cantar, madre mia; y puesto que me teneis literalmente cosido á vuestro malakoff, acepto gustosísimo la invitacion. Vamos, pues, á dar ese *asalto* de nueva invencion.

Vestíme con intachable elegancia y esperé. Eran las ocho de la noche.

Presentóseme la Doña embutida dentro de un enorme globo de gasa blanca, adornado con flores de plata y oro y con bullones salpicados de perlas y diamantes. La maldita llevaba una diadema de gruesos brillantes, y en el amarillento cuello un collar de preciosos zafiros.

Deslumbrado por tanto lujo, agarré involuntariamente la tremenda cola del vestido de la bruja, á usanza de los pajes de marras; pero ¡ay! al columbrar las canillas de la Doña, tan semejantes á las de los perros sapos callejeros, solté mas que de prisa la referida cola.

—¡Atrevidito! exclamó la bruja *tangoneándose* con coquetería: ¿que estabas *aguaitando*? Ven, dame el brazo.

Entramos en un magnífico carruaje, y poco despues llegamos á la puerta de la casa que debiamos *asaltar*.

Salió á recibirnos la señora *asaltada*, en union de su esposo y seguida de un enjambre, mejordicho, de una nube de niñas nadando en medio de un torbellino de gasa.

—¡Usted tambien, Sra. de Mascaron!, exclamó la Sra. de Trampalarga, ¡V. tambien viene á prestar auxilio á mis crueles enemigos! ¿Qué he de hacer? La plaza se ha rendido á discrecion, y fuerza es pagar los gastos de la guerra. Entren ustedes.

Aun no habia principiado la fiesta, porque las niñas *dilettante* se estaban haciendo de rogar, segun costumbre, para cantar ó tocar el piano.

Las niñas *jamonas* ó *pollanconas*, esto es, las respetables mamás, sentadas con senatoril gravedad y echándose fresco, se entretenian en murmurar y en hacer el prolijo análisis del traje y adornos de las *asaltantes*, riendo á veces con disimulo, y á menudo á carcajadas.

Las pollitas *tiernecitas*, no *dilettante* pero sí frenéticas bailadoras, se mostraban impacientes, pidiendo que tocasen, para hacer boca, una polka *irresistible* y luego una danzita *retozona*.

Los pollos, por su parte, pedian cualquier cosa... todo... y andaban arriba y abajo, lo cual no les impedia sorbetear, hasta hacer temblar las copas.

Entre tanto los venerables papás platicaban con la mayor seriedad acerca de la última encíclica del Papa, y de la derrota del pobre Garibaldi cuya suerte lamentaban amargamente..... zampándose sendas copas de cerveza.

¡Ah! ¡ah! Al fin. ¡Silencio! Va á cantar una trigueñita, de no malos bigotes, el aria de contralto *d' il trovatore*. La jóven cantatriz ahueca tanto la voz que no parece sino que quiere hacer el *coco* á los niños que hay en el salon, pero en cambio, desafina de un modo lamentable para todos... menos para

su señor papá que la contempla con ojos de orgullo y de alegría.

No obstante, el inteligente auditorio aplaudió estrepitosamente á la niña aficionada.

Acto continuo ocupó el piano un caballero extranjero, buen mozo, dotado de una voz de *falsete*. El buen señor nos regaló siete estrofas de una romanza francesa, *lacrimosa* en sumo grado, intitulada «*La mort de mon serin.*»

Terminada la cuarta estrofa de aquella pieza sentimental, estornudaban los papás, bostezaban las mamás y roncaban los niños como si nadie los oyera.

Con todo, el caballero extranjero fué muy celebrado, tanto que agradecido creyó de su deber repetir las susodichas siete estrofas, y ya iba entonándose, cuando reparó en una hermosa jóven que iba á cantar la cavatina de la *Traviata*.

La tal *dilettante* chillaba como una rata procurando subir, subir... hasta el techo.

—Sube, sube, Monsita, sube mas, exclamaba la mamá de la niña, sube hasta el *sol*.

Inútil es decir que la *subidora* fué objeto de las mas lisongeras ovaciones y de los *sinceros* besos de sus amigas.

¡Ea! ¡Ea! ¡á bailar! Y de pronto inundaron la vasta sala cien... iba á decir niñas, cien formidables ahuecadores ó bullarengues de gasa, que se movian tumultuosamente al compás de la danza cubana.

Intermedio de cerveceo, sorbeteo, murmullo y galanteo.

Y poco despues volvieron los acordes del piano á llamar á la juventud á gozar de los encantos de *Terpsicore*.

La Sra. de Trampalarga se acercó á nosotros.

—¿Qué es eso? ¿Como! ¿No bailan Ustedes? Vamos, Sra. de Mascaron, vamos á partir un cedacito. V. Sr. de Chirinela, elija V. una compañera.

Quise contestar eximiéndome, pero en el mismísimo instante me pegó D^a Celestina un pellizco de *órdago*.

Un rechoncho comerciante que no habia quebrado mas que tres veces, y á quien habian llamado sobremanera la atencion los brillantes de la Sra. de Mascaron, se hizo cargo de ésta y empezó á bailotear, sin mirarle la cara.

Yo ¡pobre de mí! *saqué* á una polluela bastante feota que no habia aun bailado en toda la noche.

¡Ay! amigo Cigarron! ¿Qué tal bailaría yo, cuando no oia á mi alrededor mas que los siguientes indirectos piropios:

—Ay! ay! ¡que limon! Ay! ¡Ya me dió otro pisoton! Ay! ¡el condenado! ¡Ya me rompió el vestido! Es el mismo demonio! Eh! otra pisada! ¡Mirénlo! ¡Infierno!

Baste decirte, amigo, que derroté á todos los *asaltantes* de ambos sexos.

¡Al *buffet*, al *buffet*! exclamó el Sr. de Trampalarga.

—¡*Santa voce*, santa palabra! contestó el respetable coro de papás y mamás.

Y todos los *asaltantes* invadieron el vasto comedor.

Al pasar yo al lado del rechoncho comerciante, oí que le decia á un amigo suyo:

—Pues, ¿no dice ese mascarón de proa que yo soy muy viejo para casarme con ella? ¡Que amor propio!

Terminada la cena, se bailó una danzita de despedida, y á las doce de la noche se dispersó la reunion en medio de interminables besuquesos que se prodigaban mutuamente las niñas.

Dos dias despues, se leia en todos los periódicos de la capital, *mutanda mutandis*, poco mas ó menos lo siguiente:

Gran asalto. —La magnífica casa de la distinguida Sra. de Trampalarga ha sido tomada por *asalto* por un formidable ejército en que figuraba lo mas granado de nuestra buena sociedad. La *soirée* que sucedió al *asalto* nos hizo recordar involuntariamente los cuentos de las *Mil y una noches*. ¡Qué lujo! ¡Qué profusion de luces! ¡Qué ambigú! ¡Qué concierto! En aquel palacio encantado tuvimos el gusto de admirar á la hechicera Srta. D^a Pilar Vocerron que cantó deliciosamente el aria de contralto del *Trovatore*. No menos *irresistible* estuvo en la cavatina de *soprano* de la *Traviata* la lindísima Srta. D^a Monserrate Subealto. Mr. de St. Fausset, noble caballero francés, ave de paso en nuestra isla, nos hizo oír una preciosísima romanza intitulada: «La muerte del canario,» que conmovió hasta hacer derramar lágrimas al ilustrado auditorio, incluso los niños que las vertieron á mares. El caballero de St. Fausset, posee una dulcísima voz de tenor *di grazia* que le envidiaria el célebre Mario.

Asistieron al *asalto* las bellísimas señoritas Perifollo, Buscapleitos, Cascarilla, Colorete, Muequera, la modesta Carmen Hoyito, fragante boton de azahar, del pensil tropical, la simpática Luz Buñuelo, cuya eterna melancolía es el reflejo de su *bell' alma innamorata*, y otras mil niñas á cual mas encantadoras. Allí figuraba tambien la opulenta Sra. D^a Celestina Mascaron, cuya *toilette* deslumbraba la vista por el acopio y la riqueza de los brillantes y perlas que la engalanaban. Tambien llamó la general atencion el elegante Sr. Chirinela por su notable gracia en el baile indígena. No parece sino que el Sr. Chirinela no ha hecho en toda su vida mas que partir cedazos. La amabilísima Sra. de Trampalarga y su bondadoso marido hicieron los honores de su casa con la finura y delicadeza que tanto distingue á nuestra aristocracia. Si los helados, las bebidas, el *buffet*..... si todo en fin estuvo intachable..... eso nadie mejor que los *asaltantes* pueden decirlo, y no por boca de ganso, sino por la suya propia.

MAESE NICODEMUS.

AL REVÉS.

(Concluye.)

Pues sí, señor: D. José tiene una lengua muy *vituperia*, tanto que si á la casta Susana le hubiera dado el cielo por hermana, ni su virtud probada le valiera ni la fuerte razon del parentesco para librarse de la saña fiera del charlatan brutesco.

Cuando nuestro hombre (ya me causo de llamarle D. José) no tenia mas atractivo para las mugeres que los del físico, era una calamidad donde quiera que se presentaba.

Desde luego la emprendia á requiebros con la muger del hombre que le admitia en su domicilio, y si por fin de sus gestiones se quedaba con un pulmo de narices, seguia requiebrando á cuanto ente con faldas andaba al rededor del matrimonio, inclusa la *máma* carabalí por lo regular crónica ajada de los tiempos de la toma del Morro por los ingleses.

Y cuando lograba el afecto de una tal *Celestina* de azabache, corria al círculo de sus amigos y compañeros de *rumbantelas* jactándose de haber hecho una conquista capaz de envanecer al mismo D. Juan Tenorio.

Una vez, sin embargo, hizo reir mucho á sus oyentes con el relato de una de sus proezas.

Dábase tono con ellos refiriéndoles que con motivo de haber ido á pasar la pascua al campo se habia prendado de él una deidad de alto copete y singular belleza perteneciente á la familia de cierto hacendado opulento.

Pero en aquella casa—la de la finca—habia una vigilancia extrema, añadía el narrador, y aunque ella y yo nos amábamos con delirio, era imposible hallar una oportunidad para decírnoslo á solas.

Pasaban los días y cada vez se hacia mas intensa la llama que coasumia nuestros corazones.

Pensamos en un rapto.

Verme yo dueño de aquella belleza era la mas hermosa de mis ilusiones.

Trabajo me costó preparar la fuga.

La constancia, empero, el verdadero amor, todo lo vencen.

Llegó la hora de mi dicha.

Un caballo dispuesto de antemano por mí con el sigilo necesario debia llevarme con *ella* á un mundo de inespliables delicias.

Partimos por fin.....

La noche nos favorecia con su manto de sombras.

El caballo corria á galope, y yo, trémulo de placer, estrechaba con uno de mis brazos aquella cintura que hubiera podido quebrar un soplo de la brisa.

De repente llegamos á la orilla de un rio cuya existencia me era desconocida.

Mostrar debilidad en aquel momento me habria rebajado mucho á los ojos de mi bella cautiva.

Adelante! dije hiriendo con decision el ijar del generoso bruto.

Y nos precipitamos en la corriente.

Llegamos á la mitad del cauce, pero las aguas corrian con tal impetuosa-

que pronto el caballo no pudo vencerlas, y el grupo que formábamos quedó disuelto....

Yo, nadando con toda la energía de la desesperacion, buscaba en las sombras aquel cuerpo donde se encerraba mi alma.

Al fin pude hallarle.....

Pero ¡oh dolor! la pobre *negra* habia perdido el conocimiento y se hallaba próxima á exhalar el último suspiro.

Cuando D. José referia este suceso podria tener sus veinte y cinco años, y era tan buen tocador de guitarra como cantador de canciones verdes y buscador de *catatas* amarillas donde quiera que se le deparaba la ocasion de lucir la lijeza de sus dedos con el libro de las cuarentas hojas, *burloteando* en ferias y partidas camprestres. Porque es de advertir que como chico deshabilitado sabia el refrán de que "de enero á enero el dinero es del *baquero*" y á él no le pescaban de.... punto sino cuando él pescaba aquel en que le convenia meterse, valiéndose de su buen ojo y de su práctica en el arte de *Brijan*.

Pero sigamos *avanzando para atrás*.

Estamos en el tiempo en que nuestro hombre se llamaba Pepe, deliso en llano.

Su edad no pasaba entonces de los quince abriles.

Pepe tenia una hermana mas bonita que él; á lo menos así lo aseguraban sus amigos.

La hermana de Pepe era mas aficionada á bailar que á coser, y siempre traia media docena de pollos al retortero.

Hay quien asegure que la tal muchacha padecia de dolores de muelas en el corazon; pero esto debe haberlo inventado alguno que de ella recibiera calabazas, si es que ella se resolvió á darlas en su vida.

Lo cierto es que con dolor de muelas ó sin él, Pepe la recomendaba á todos sus amigos y le decia á ella que era de mal tono poner mala cara á los muchachos decentes, mucho mas si eran ricos ó presuntos herederos de padres acaudalados.

Esas son las amistades útiles, insistía, porque el día que uno necesite una onza no se la ha de dar por cierto ningun *pelado*, y siempre conviene arimarse á buen tronco, que el que á buen árbol se arrima buena sombra le cobija.—Además, tu eres jóven y bien parecida, y no tendrá nada de particular que el día menos pensado te veas con coche.

Y efectivamente: las predicciones del hermano parece que se cumplieron.

Cualquiera creará al ver las cosas de Pepe cuando muchacho, que se habia criado como moro sin señor. ¡Qué disparate!

Pepe estuvo asistiendo á la escuela sobre ocho años, y aunque en honor de la verdad solo aprendió en ella á leer mal y escribir peor, en pocos exámenes dejó de sacar la nota de *sobresaliente*.....

Y efectivamente, el muchacho sobresalía en muchas cosas: era un escelente *empinador de papalotes* tenia desde jóven una estatura muy aventajada, desempeñaba á la perfeccion una cátedra

de idioma soez entre sus compañeros, y era, por último, hijo de un famoso pica-pleitos con quien todo el mundo, incluso el preceptor de Pepe, queria estar en paz por lo que pudiera acontecer.

Me parece que con tales méritos, ni el chico podia dejar de ser acreedor á la nota de *sobresaliente*, ni su preceptor podia en justicia negársela; y quien dice de éste, dice de cuantos pudieran tener miedo á las travesuras del *pleitos-pica*.

Y sin saber como hemos llegado á descubrir que Pepe tuvo padre.—¡Ojalá fuéramos tan felices al querer averiguar quien fué la madre que le parió!

Toda mi diligencia ha sido infructuosa á ese respecto, y tanto que casi me he llegado á convencer de que Pepe no tuvo madre.....

No señor, no la tuvo.

Como no la tuvo su hermana.

Si la hubieran tenido, acaso Pepe no poseeria hoy cinco mil pesos de renta, ni á su hermana le habrian levantado el chisme de que padecia de dolores de muelas en el corazon.

Porque una madre siempre hace algo por sus hijos, y aunque no los enseñase á volar, por lo menos los enseña á estarse quietos, que bastante es y cuanto se puede exigir de quien no ha nacido para ponerse borlas en la cabeza.

Pepe y su hermana eran lisa y llanamente hijos de.....un pica-pleitos que los echó al mundo no se sabe por donde y que no tenia tiempo para enterarse de si los chicos andaban torcidos ó derechos: gracias que se ocupara algunas veces en *echarles* de comer, dejándolos luego dormir para largarse de parranda á las horas en que no tenia nada que hacer trabajando por su oficio.

Del nacimiento de Pepe solo se sabe que fué celebrado con un bailecito de menos que medio pelo en una casa de tabla y guano destruida despues en un incendio muy mentado: que en ese baile hubo cerveza y algunos alburitos echados en el mismo cuarto donde el roro dormia bajo la salvaguardia de una vieja, madre de una muchachona que, sin dejar de bailar, daba sus vueltas al chico de cuando en cuando.

¿Cómo extrañar que hoy sea D. José hombre de pro si empezó á tomar lecciones de sátrapa en la cuna?

En fin, para terminar esta desbarajustada historia bastará decir que de casta le viene al galgo y que D. José no podia menos de ser lo que ha sido y sigue siendo, porque *de tal palo tal astilla*.

CIGARRON.

CUATRO PALABRAS A LA EMPRESA DE TACON.

DISPARO Á QUEMAROPA POR UN ABONADO.

HIDRÓFOBO.

L'impresario picarillo,
Por el alma de tu abuela,
Ten piedad de mi bolsillo;
Pues ó voy á la cazuela
O quedo sin un cuartillo.



Canales

Los soldados españoles repartiendo rancho a los pobres de Orizaba



-Pepillo, vamos á ver los adelantos que has hecho en el colejio ¿Que dice aqui?
Pepillo (*de mal humor*) -No sé
-Como que no sabes?... ¿Que es lo que toma mamá por la mañana?
-Ginebra.

Ay! que tu lírico tráfico
Está tocando á rebato:
Ten piedad, piénsalo un rato,
Pues por tu santo seráfico
Lo pido, y por Fortunato.

Pues si la afición al arte
Nos vá á dejar sin harina,
A fé que puedes largarte
Con la música á otra parte
Y evitar nuestra ruina.

¡Oh padres que teneis hijas!
Dareis pruebas de talento
Con mandarlas á un convento,
O meterlas en botijas
Lo mismo que el Rey del cuento.

Pues si nó, con los abonos,
Cintas, tunicos y guantes,
Queda sin onzas, ni bonos,
La caja, en pocos instantes,
Por su afición á los tonos.

Fácil es que en tiempo breve
Comer á algunos se vea,
Para que el diablo los lleve,
Una sopa de corchea
Y un plato de semibreve,

Pues su lírica afición
En tal caso los pondrá,
Que al salir de una función
Se fúmen llaves de fá
Y cenén un calderón.

¿Será posible, Dios mio,
Que en este tiempo de crisis
Cuando ya se acerca el frío,
Cante el bolsillo el ¡gran Dio!
En tercer grado de tisis?

¿Podrá verse sin reproche
Por un escritor satírico,
Que alguno el caudal derroche,
Y lo deje el furor lírico
Sin caballos y sin coche?

¿Será tal la crueldad
Que despues que nuestras cajas
Giman en triste orfandad,
Pongamos nuestras alhajas
En el monte de piedad?

Yo no puedo persuadirme
De que sea tan cazurro
Y en sus caprichos tan firme,
Aquel que «á la cuenta firme
Lo tomaban para curro»

Pero en fin conciencia tén:
Rebaja los precios, si;
¡Mira, si ta portas bien!
Tu te acordarás de mí
Por siembre jamás amen.

Junípero en tí esperamos;
Busca el medio necesario
Para ablandar *l'impresario*,
O el entierro le cantamos
Dentro del mismo escenario.

BOSSIER.

LUISITA.

XI.

(Continúa.)

En este momento sonó la campanilla de la puerta de la habitación, y luego, inesperadamente, apareció Angel, ó la sombra de Angel.

Tantos estragos habian causado en él doce horas de dolor.

Luisita le vió entrar, y dió un grito. Angel se adelantó hácia ella maquinalmente y con los brazos abiertos.

Luisita que al dar aquel grito se habia puesto en pié, se precipitó sobre el pecho del santelmista, murmurando:

—No, no quiero que te embarques!
Y de sus negros ojos brotaba un raudal de perlas líquidas.

D. Juan y D^a Josefa se habian levantado como movidos por un resorte. D. Pedro sonriendo maliciosamente, se ocultó en un balcon abierto.

Angel depositó á Luisita en los brazos de su madre, que se la llevó á otro aposento, echando al par una mirada de ternura al pobre muchacho, que parecia un cadáver evocado de su sepulcro.

—¡Porria! ¡Porria! Porria!... Porritia!! decia D. Juan en el ínterin, pasando apresuradamente por la sala, con la cabeza inclinada adelante y cruzadas las manos sobre la espalda, ni mas ni menos que si se hallase sobre la cubierta de un buque, y previese un chubasco inmediato.

Añadirémos de paso que las palabras ¡Porria! ¡Porria! ¡Porritia! palabras que no pertenecen á ningun idioma, eran el signo con que D. Juan manifestaba hallarse en el parasismo del furor.

Angel le salió resueltamente al encuentro.

—Señor, dijo balbuceando, al ver que D. Juan clavaba en él sus carbones encendidos, dos mechas prontas á dar fuego á las piezas.

—¿Qué quieres? preguntó el prisionero de Trafalgar, haciendo violentos esfuerzos para contenerse.

—Quiero decir á V. que Luisita y yo nos amamos.

—¡Me parece que eso ya lo he visto! exclamó.

—Tambien queria decir á V. que deseo casarme con ella en cuanto me examine de tercer piloto, es decir, dentro de un año.

—¡Casarte con ella! ¡Casarte con Luisita!

—Sí, señor; porque de lo contrario, ella y yo nos moriremos de dolor: nos lo hemos jurado cien veces.

En este momento se oyeron los gemidos y lamentos de Luisita, á la que en vano trataba de consolar su afligida madre.

D. Juan, que amaba á su hija como un padrazo, palideció.

—Monti, le dijo: sois muy jóvenes; embarcate, y vuelve: á tu vuelta hablaremos.

Angel dió un grito de júbilo.

—Me permite V. esperar? dijo.

—Ten esperanza..... que nosotros te aguardaremos. Adios.

Monti se alejó lleno de júbilo, y D. Pedro, que todo lo habia visto y oído, le dijo sonriendo:

—Y yo que venia á pedir á V. la mano de su hija.....

—Ya vé V. lo que sucede..... Es una desdicha.....

—Ofrézcame V. una cosa.

—¿Cual?

—Que si dentro de seis ú ocho meses he conseguido que Luisita me ame, consentirá V. en nuestra boda.

—Lo ofrezco, amigo mio: pero creo que se engaña V..... porque Luisita ama á Angel para siempre.

—¡Para siempre! repitió D. Pedro, sonriéndose con ironia.

Aquella noche, cuando el reloj iba á dar

las tres de la madrugada, Luisita, anegada en llanto, decia á Monti, oprimiéndole sobre su corazón:

—¿Me amarás siempre?... ¿Siempre?

—Toda mi vida... ¿Y tú? ¿Y tú, Luisa mia?

—¿Con toda mi alma!... El dia que me falte tu amor, perderé la vida: conozco que no podria vivir sin tí!

—Yo, dijo Angel, levantando una mano hacia la luna que presenciaba aquella escena, y con toda la solemnidad de los diez y ocho años: yo te juro que si al volver de ese viaje, te encuentro perjura é infiel, moriré de tristeza y desesperacion!.....

Y se separaron llenos de angustia y desconsuelo, desesperados de la vida, y dudando de todo menos de su amor.

Verdad es que sellaron su juramento con un tierno, casto y prolongado beso, realizándose así lo que Luisita soñara en otra ocasion.

Siempre hemos sido enemigos de las manifestaciones exageradas del dolor; de esas *jeremiadas* que tanto prestigio quitan á aquel.

Cuanto mas legítimo, tanto mas reservado debe ser ese sentimiento: hay en él algo de sagrado: su santuario es el corazón, y solo debe exhalarse de allí por el pensamiento, cuando lo elevamos á Dios.

El dolor, como la castidad, debe tener su pudor.

Esto dicho, se comprenderá el por qué omitimos consignar aquí todas las demostraciones de la profunda desesperacion que sintieron Luisita y Angel, cuando aquel salió del puerto de Málaga á bordo de la fragata *Isabel I*, y cuando ella se quedó en Málaga al lado de sus padres.

Luisa lloró, tuvo calentura y algo de delirio, y hasta soñó que su alma, desprendiéndose de su cuerpo, subia invisible á las nubes, acompañaba como un ángel tutelar al buque donde iba Angel, y que cuando este, rendido por el dolor y el cansancio, se dormia, bajaba á su camarote, refrescaba con sus alas la apesurada frente del enamorado jóven, le devolvía aquel ósculo de amor puro y apasionado en que se confundieron sus almas al separarse, y dejándole consolado y protegido contra la desgracia, volvía aquella alma, toda ternura y abnegacion, á reunirse al cuerpo que abandonara.

XII.

En el ínterin, navegaba gallardamente la *Isabel I*, embocaba el estrecho de Gibraltar, mojaba su tajante proa en las encrespadas aguas del Océano, y Angel comenzaba á la vez su navegacion por los mares procelosos de Dios, y por el misterioso piélago de la vida.

Que Dios le proteja y le libre de un naufragio en ese doble y tremendo viaje.

XIII.

El dolor de Luisita y la profunda pena que aquel causaba á sus padres, era razon bastante para justificar la asiduidad con que D. Pedro visitó la casa de D. Juan desde la marcha de Angel.

Y como el pesar de la niña era poco ó nada expansivo, como D. Juan y doña Josefa rehuian el hablar de las causas que traian desesperada á su hija, y como, por otra parte, queria Don Pedro permanecer al lado de aquella familia todo el mayor tiempo posible, consagróse á vencer la repugnancia que le demostraba. *Resultas*, aquel doguillo feo, enclenque y gruñon, de

que hemos hablado anteriormente, en una ocasion solemne.

No seria cuerdo, por lo tanto, el negar á D. Pedro grandes dotes de excelente diplomático.

Como que *Resultas* era en aquella casa, no solo por el momento, sino de una manera permanente, el *ídolo* de Luisita, el *carño* de doña Josefa y el *quita-pesares* de D. Juan.

Júzguese á cuanto no podia aspirar el hombre que contase con el apoyo decidido de *Resultas*.....

D. Pedro, comprendiéndolo así, decidió consagrar toda su inteligencia y toda su voluntad á seducir al doguillo.

No se nos esconde que habrá mas de una lectora sensible que esclame indignada: "¡Horror! ¡Inmoralidad?....."

Calma, señoras mías, calma: ¿qué moralidad podia esperarse de un capitan negrero?.....

D. Pedro llamó en su ayuda para consumir tan nefanda obra las mas delicadas golosinas de las confiterías de Málaga.

Y lo hizo de tal modo y con tan buena gracia, que veinte dias despues, murmuraba al acostarse en su suntuoso lecho, y remedando al bonachon de D. Juan:

—*Luisa ama á Angel para siempre!*

Y haciendo una mueca de desden, dió una vuelta en la cama y se durmió.

XIV.

—Soy un padre muy desgraciado, le decia D. Juan algunos dias despues: la tristeza de Luisita desespera á su madre y me quita el sueño. ¿Qué hacer, D. Pedro, qué hacer?

—Comprendo esas amarguras, replicó D. Pedro, contestando mas bien al pensamiento que á las palabras de D. Juan; ¿pero qué quiere V., amigo mio? Luisita adora á ese *muchacho*, huye de las gentes, se aísla con su recuerdo, y reconcentra en ese amor todo su porvenir y toda la felicidad de su vida. Montí regresará, obtendrá una plaza de *tercero* (tercer piloto,) en cualquier buque, ganará treinta duros mensuales, se casará con la que ama, pasarán juntos y felices dos meses del año, y separados y tristes los diez restantes.

—¿Es verdad! ¿Es verdad!

—Tendrán una casita modesta, con muebles de nogal y de pino. Luisita se planchará sus vestiditos de percal, cantando como los pájaros en su jaula, y de vez en cuando vendrá á pedir á V. que la saque de tal ó cual apuro. Ciertamente que el amor dora el hierro y hace esquisito los manjares mas groseros; pero el amor pasa, la medianía queda, llegan los hijos reduciéndola á estrechez, y así, poco á poco, se aproximan las arrugas la vejez y la muerte; y se sale de este mundo, sin haberlo visto ni gozado poco ni mucho. Querer que la tierra sea un paraíso viviendo de amor y de sentimiento treinta ó cuarenta años, es una locura en que solo incurren las personas que no tienen, como yo, cien talegas que derrochar.

D. Juan le escuchaba atentamente, suspiraba y decia:

—Es verdad que Montí no tendrá nunca cien talegas.

Y al decir esto, se representaba en Montí á su adorada hija.

XV.

El pérfido negrero adoptó las maneras y el acento del mas bonachon de los hombres, y añadió:

—¿Cuan dichosa sería Luisita, si su padre pensase como yo!.....

—¿Qué? dijo Don Juan lleno de curiosidad.

—Que todo mal exige un remedio.

—Bien, ¿y qué?

—Que Luisita se halla gravemente enferma; que se complace en él y que sería preciso curarla, disfrazando la droga, para que no sospechase de qué se trataba.

—¿Pero sería eso posible?

—¿Hay algo que no lo sea? contestó D. Pedro, fijando en su interlocutor una mirada tan brillante que turbó al pobre D. Juan.

Era que el veneno empezaba á obrar; aquella turbacion; era el primer síntoma del vértigo.

—Si yo fuese D. Juan y mi hija se hallase en el triste estado de Luisita, miraría si en el número de mis mejores amigos figuraba un cierto D. Pedro, hombre honrado á carta cabal, en el que puede confiarse ciegamente, puesto que lo que mas ansia en este mundo es la dicha de Luisita, y le daría.....

Detúvose como para tomar aliento, y obsequió á *Resultas* con un magnífico dátil de Berbería.

Resultas dió tres alegres ladridos, cogió su presa, y fue á devorarla debajo de la silla de D. Pedro.

Es decir, todo lo mas cerca que pudo de los faldones de la levita del negrero, cuyos bolsillos eran el Jaula del venal doguillo.

—Vamos á ver lo que D. Juan le diría á D. Pedro, si D. Pedro fuese D. Juan.

Hélo aquí:

«Amigo D. Pedro: Mi hija está enferma de mal de amores; pero como á su edad suelen durar poco esas exageraciones de los sentimientos, sospecho que haciéndola mudar de método de vida, podriamos conseguir se curacion y asegurar su felicidad. Ayúdeme V., mi querido D. Pedro; V. que es bueno y complaciente: contribuya V. á desterrar del pensamiento de la pobre niña el recuerdo de Montí. Desde que amanece hasta que se acuesta piensa en él; y dormida, le vé en sueños. Pues bien; obséquenos V. con algunas partidas de campo, llevemos á Luisita á bailes y paseos; cédame V. el palco que tiene en el teatro; en suma distraigamos su pensamiento del objeto que lo ocupa; asociemos á ese objeto, á esa persona, á ese sentimiento, otros objetos, otras personas, otros pensamientos. Hagámosla frecuentar la sociedad: cante y oiga cantar; baile y vea bailar; fatiguémosla física y moralmente; hagamos que al dormirse se sienta tan cansada, que un sueño de plomo la vede la imágen de Montí, y crea V. que antes de quince dias veremos renacer al fénix de sus propias cenizas.

D. Juan le escuchaba con lágrimas en los ojos.

(CONTINUARÁ.)

ALLÁ VA ESO.

Cuán engañados viven los que adoran Como supremo bien sobre la tierra El oro que en sus arcas atesoran!

Para esos buitres, cuyo aspecto aterra, En el mezquino círculo de un peso Toda la hermosa humanidad se encierra.

Fábulas son para ellos—el progreso, Y el amor á las ciencias—tontería Propias de gentes de muy poco seso.

Locura—la inmortal filosofía, Regalo de poltrones—la pintura, Del hambre esposa fiel—la poesía.

Y aquel amor que inspira la hermosura En formas de muger, ó encantadora Con su ropage espléndido natura;

Aquel amor, que á todos enamora Porque es hijo del Cielo, y peregrino Bálsamo es siempre al corazón que llora,

Es burla y nada mas—es desatino Que la risa provoca, y el desprecio De quien cifra en el oro su destino.

El oro! No seré en verdad tan necio Que desconozca cuanto es necesario, Y cuanto es útil para dar su precio

Al hombre, que á la tierra tributario «Desde el primer sollozo de la cuna,» De la miseria envuelto en el sudario,

Pretende en vano alzarse hasta la luna, Y esclavo del deber, dobla la frente Cifrando en el trabajo su fortuna.

El oro! es la palanca, es el agente Que mueve las empresas portentosas, Asombro y pasmo de la edad presente.

Mas—ha de estar en manos generosas Que alienten al saber, y á la pobreza Fortalezcan con dádivas piadosas.

Que á la amistad en horas de tristeza, No opriman insolentes con el yugo Insoportable y cruel de la riqueza.

Así los bienes que al Eterno plugo En el mundo otorgar á las familias, De la conciencia no serán verdugo:

Ni la vida, en satánicas vijilias En medio de letal remordimiento (Aquí me falta un consonante en ilias)

Disipadas verá cual humo al viento Las ilusiones de la edad primera, Estrellas del mas bello firmamento.

La juventud entónces, primavera Fecundante será, mas no clausura Donde tan solo la codicia impera;

Será fuente de amor y de ternura Atentas siempre de la patria al grito, Cuando la oprima acerba desventura,

Y no esclava del cálculo, el delito Verá tranquila levantarse ufano Desde el oscuro fondo de un garito;

Sabrás del crimen rechazar la mano, Aunque la encubra delicado guante Que trascienda á perfume cortesano.

(Continuará.)

CARICATURA EN PROSA.

SUEÑO FANTÁSTICO.

Dormía yo, D. Junípero, con la tranquilidad del justo, con la beatitud del que tiene entrada gratis en el gran teatro

Como los jugadores de bolsa que han comprado barato, soñaba que mi papel había subido de precio. (No antes sino despues de impreso.)

Mi sueño era profundo como los charcos que se forman en las calles de la Habana.

De repente me encontré, sin saber como, en un campo cultivado. El paisaje era risueño por demas, y á juzgar por la animacion que en él se notaba, debía ser sobremanera productivo.

Pregunté á algunos de los que por allí pasaban quienes eran y que hacian.

—Somos agrícolas, me dijeron.

—Ah! agricultores?

—No, señor; agrícolas. Si quiere V. saber mas, dirijase V. á aquel señor que está sentado junto á esa lomita.

Efectivamente, allí estaba el Sr. que me indicaban, pero parecia dominado por una gran preocupacion. Se divertia en hacer andar desde su asiento carritos á la manera de los que se usan en los ferros-carriles, pero bien se echaba de ver que su pensamiento estaba en otra parte.

No hizo caso de mí, ni de mis preguntas.

No le gustaba sin duda la gente curiosa.

—Tendria V. la bondad, dije yo, de decirme donde estoy?

—Oh, Providencia! contestaba, pero no alzaba los ojos al cielo como suelen hacerlo los que interpelan á la providencia divina.

Sin duda, la providencia á que se referia aquel señor no estaba tan elevada.

Reiteré mi pregunta, y entonces, tal vez por verse libre de mí, exclamó:

—Ahí está mi compañero y curador.

Referiase, segun creo, á otro personaje, en el cual no habia fijado mi atencion, pero que la absorvió toda entera en aquel momento. Tenia entre las manos un soberbio pan de azúcar, que destilaba onzas de oro como gotas de agua destila un filtro casero. De sus bolsillos salian papeles donde pude alcanzar á leer Caibarien, Trinidad y otros nombres de pueblos. Iba muy político á comenzar mi interrogatorio, cuando se levantó el hombre del pan de azúcar exclamando:

—¡Válgame S. José! ¡Ahí estan! ¡á las armas!

—Yo que oi ¡á las armas! dije para mi capote:—¡en buena me he metido! y empecé á mirar á todos lados para ver al enemigo. Este debía ser sin duda un señor, seguido de bastantes mas, que avanzaba rapidamente llevando en una mano un número de LA PRENSA, y en la otra una campanilla.

—Aquí viene, gritaba, la mayoría de mi gente. ¡Veremos quien se lleva ese terron!

Empezó la batalla y yo estaba mas muerto que vivo.

Los gritos y lamentos se mezclaban con el estruendo de las armas.

—Ya es nuestro! decian unos.

—Antes ciegos que tal veas, clamaban otros.

—Mis acciones! gemian unos que rodaban por el suelo.

—A la carga! se oyó por todas partes.

Yo me debatía como un desesperado para escapar de tanta confusion y algazara en que me hallaba mezclado sin arte ni parte, cuando en una descarga cerrada de documentos que salió, no sé de que punto, tuve la suerte de recibir en medio de la frente un alegato que me envió de un golpe al otro mundo, es decir, al mundo de los vivientes, porque en aquel momento mismo desperté. Esta es la razon por la cual, caro lector, te quedas como yo sin saber el resultado de la batalla y el motivo de ella.

Los sueños son inesplicables; no se sabe como vienen ni como se van.

D. JUNÍPERO.

LAS DAMAS NO TIENEN ESPALDAS.



STÁN Vds. ahí leyendo y volviendo á leer un comunicado del empresario de la ópera que en mi concepto no tiene tanto busilis como se le supone.—¿Qué dice en resumidas cuentas ese comunicado para que *Maese Nicodemus* frunza los labios

al leerlo y deje escapar por ellos el aire con cierto ruidito sospechoso? ¿Qué le encuentra *D. Junípero* para ir leyéndolo entre carcajadas y mordidas en el dedo índice de la mano derecha? Y vos, *Cigarron*, ¿qué le hallais para esclamar á cada paso: hombre! hombre! hombre...!

El empresario dice, y dice muy bien, que el comunicante de *El Siglo*, por mas esfuerzos que haga, no puede persuadir á nadie de que dijo en broma lo que dijo sobre la posibilidad de que un militar consienta en dar su nombre para que un paisano aproveche la rebaja del precio del abono otorgada á la clase á que aquel pertenece, y como no es el tema principal de los que han provocado la contestacion de la empresa, ésta tiene razon, y capítulo de otra cosa.

El comunicante de el *Siglo* ni de broma ni de veras debió haber tocado ese punto, pues de hacerlo debió esperar que alguien le contestase diciéndole que haría mal en dar á la estampa semejantes suposiciones, y porque, dado caso de que pudiera suceder lo que indica, abogado él de los intereses del público segun quiere demostrar que lo es, debió guardar silencio en vista de una resolucion que tendía á favorecerlo por carambola presentándole una coyuntura para economizar algunos pesos.—El empresario tiene razon en lo que le dice; y lo digo así como lo siento por que *las damas no tienen espalda*.

Ahora, en cuanto á lo del *Charles* y *las tres estrellas* y la aspiracion al palco, &c. &c. particulares son esos que no me incumbe dilucidar, por lo cual me concreto á decir *allá ellos*.

En lo que me meto es en decir que la empresa parece pertenecer á tiempos muy remotos cuando sostiene que la *Norma* será bien recibida por el público.—«Lamentar que la Empresa, dice, trate de dar la *Norma*, es un sentimiento que debió ocultar profundamente. ¡Pobre Bellini! ¿Quién habia de adivinar que andando el tiempo se veria tan despreciada tu inmortal partitura? ¿Por qué el filarmónico Mr. Charles pretende hacer al público habanero la ofensa de suponer que le descontentaria oír ésta ópera?»

Respira, corazon! exclamo yo al leer lo que acabo de repetir.—Si la *Norma*, no descontenta al público habanero despues de haberla saboreado hasta en guitarra, que es como si dijéramos hasta en pepitoria trasnochada, esperanza tengo yo de no disgustar con todas mis arrugas y mis trescientas navidades al primer buen mozo que me haga tilin. Y eso que á *hechizos* no me gana ninguna música incluso la de la *Norma*.

En fin, señores, es tarde y tenemos poco tiempo para seguir analizando el comunicado de la Empresa. Dejémoslo aquí, pues, y conste que en ese documento hay de todo como en botica, (y no se pique *Maese Nicodemus* en su calidad de boticario) segun mi leal saber y entender, que espreso bien y llanamente fiada en aquel dicho de que *las damas no tienen espalda*.

LA MADRE CELESTINA.

GRAN BAILE DE DISFRACES.



La redaccion del D. JUNÍPERO, agradecida á la benevolencia que el público le ha manifestado desde la aparicion de su periódico, ha concebido una brillante idea.

Trata nada menos que de dar un gran baile de disfraces. Los únicos que tendrán derecho para exhibirse á cara descubierta en esta *soirée* serán los individuos de la redaccion. A los demás se les suplica que traigan una careta que no se parezca á nadie ni dé lugar á interpretaciones.

Como todos nuestros lectores no podrán probablemente asistir á esta brillante fiesta, nosotros nos encargamos de poner en conocimiento de los no asistentes lo que en ella ocurra.

HABANA: Librería é Imprenta EL IRIS, Obispo 22.